

DE LA AVRACA

Y auerme en vuestra casa yo
Que credito me da por otr
Hata mi torpe estílo delic
Y lo que va sin orden lleno
Asi de tantas cosas anima
La pluma entregare al furor
Dad orejas señor a lo que
Que soy de parte dello bucu

Chile fertil Prouincia y
En la region Antartica fam
De remotas naciones resp
Por fuerte, principal y poder
La gente que produze es tan
Tan soberuia, gallarda y bell
Que no ha sido por Rey ja
Ni a estrangero dominio som

Es Chile, Norte Sur, de gran
Costa del nueuo mar, del Sur
Tendra de Leste a Oeste, de ar
Cient Millas, por lo mas anch
Baxo del Polo Antartico en a
Deveynte y siete grados pro
Hasta do el mar Oceano y Ch
Mezclan sus aguas por angost

DOCUMENTO

FRANCISCO BILBAO

El Presidente Obando. Su traición y su juicio

(Traducido por Alejandro Madrid Zan)

Noticia

El Presidente Obando. Su traición y su juicio fue escrito en Bruselas y publicado originalmente en francés en *La Libre Recherche*, Tome Deuxième, troisieme livraison, 1856, pp. 333-46. En los *Apuntes cronológicos*, de 1862, Bilbao anota: "Fui a ver a mi querido Edgar Quinet en su destierro en Bruxelles. Durante tres meses no quiso que comiese sino con él. Época magnífica. Escribí dos artículos en la *Libre Recherche*". Y en el listado de sus *Publicaciones*, añade: "1856. –*La República en Sudamérica*, en la *Libre Recherche* de Bruxelles, revista de Pascal Duprat. –*El juicio de Obando*, en la misma revista". El título del primer artículo mencionado en realidad es *Movimiento social de los pueblos de la América Meridional*. El segundo es *Le Président Obando. Sa trahison et son jugement*. Una traducción de este último fue encargada por Manuel Bilbao para la

inclusión en su edición de las *Obras Completas* (MB, I, 181-94). Una nota editorial suya consigna: "(Traducido de la 'Libre Recherche' de Bruselas para esta edición, por C. G.)" (MB, I, 181). Desconocemos el significado de las iniciales. Una nota, al final de *Movimiento social de los pueblos de la América Meridional*, consigna que también fue publicado en París: "Tanto este artículo como el siguiente [*El presidente Obando...*] fueron escritos en francés y publicados en Bélgica y París" (MB, I, 179). Desconocemos esa publicación en París. No figura en la edición de las *Obras Completas* de Pedro Pablo Figueroa. Lo hemos tomado de la primera edición francesa y ha sido traducido por Alejandro Madrid como parte de la investigación Fondecyt n° 1111041 de 2011: "Francisco Bilbao y el proyecto latinoamericano".

LA
LIBRE RECHERCHE,

REVUE UNIVERSELLE,

DIRIGÉE

PAR

M. Pascal Duprat.

PREMIÈRE ANNÉE.

TOME DEUXIÈME.

BRUXELLES.

BUREAU DE LA LIBRE RECHERCHE,

RUE DU PONT-NEUF, 30.

1856

RÉCITS D'AMÉRIQUE.

LE

PRÉSIDENT OBAUDO,

SA TRAHISON ET SON JUGEMENT.

Un grand exemple a été donné récemment au monde par la jeune république de la Nouvelle-Grenade, qui marche à la tête de l'Amérique du Sud. Le premier magistrat, infidèle à son rôle et traître à la loi, avait tourné la force dont il était investi contre les institutions nationales. Il aspirait à la dictature. Mais il a rencontré dans la nation une de ces généreuses résistances qui sauvent la liberté et déconcertent la tyrannie. Après quelques jours d'un triomphe contesté, le président Obaudo a été assiégé dans son palais, et il est tombé entre les mains du peuple. Depuis, un jugement solennel a été rendu : le traître a été puni conformément à la loi, et le droit, si souvent opprimé est sorti victorieux de cette épreuve aux applaudissements de tout un peuple.

Tel est le drame qui s'accomplissait, il y a quelques mois, dans la Nouvelle-Grenade. Il mérite sans aucun doute d'être offert aux regards de l'Europe. Mais, pour bien comprendre le caractère et la portée de cet événement, il est nécessaire de remonter un peu plus

FRANCISCO BILBAO

El Presidente Obando. Su traición y su juicio

Un gran ejemplo es el que ofreció hace poco al mundo la joven república de Nueva Granada, que marcha a la cabeza de América del Sur. El primer magistrado, infiel a su rol y traicionando la ley, había desviado contra las instituciones nacionales la fuerza con que había sido investido. Aspiraba a la dictadura, pero encontró en la nación una de esas generosas resistencias que salvan la libertad y desconciertan a la tiranía. Algunos días después del cuestionado triunfo, el presidente Obando fue sitiado en su palacio y cayó entre las manos del pueblo. Desde entonces, se abrió un juicio solemne: el traidor ha sido castigado de acuerdo a la ley, y el derecho, tantas veces atropellado, ha salido victorioso de esta prueba en medio de los aplausos de todo un pueblo.

Tal es el drama que acontecía, hace algunos meses, en Nueva Granada. Merece, no cabe duda alguna, que se lo haga conocer en Europa. Sin embargo, para comprender bien el significado y el alcance de los acontecimientos, es necesario remontarse un poco más atrás, y volver la mirada a los sucesos anteriores, que datan de la época de la independencia.

I

En los primeros años de ese siglo, como sabemos, estalló este gran movimiento. España luchaba por entonces contra Napoleón y su lucha iba a resonar al otro lado del Atlántico. De pronto, estalló

una conspiración uniforme y simultánea en Nueva Granada, el territorio de Ecuador, las provincias de La Plata, Alto Perú y Chile. Cuando se miden las distancias, la inmensidad territorial y las dificultades de comunicación; cuando se considera la autoridad de la religión, identificada con la conquista y la ignorancia de las masas; cuando se considera el aislamiento de América, la vigilancia terrible del gobierno español, podemos hacernos una idea de los esfuerzos, de la fe y la devoción de los fundadores de la nacionalidad americana. Necesitaron crearlo todo, necesitaron sobrepasar la audacia de los conquistadores, esos hombres de hierro que sujetaron el continente entero con férreas cadenas a la dominación de España. Sin imprenta, sin armas, sin soldados, sin apoyo, pero fortalecidos por su religión liberadora, hacen estallar la elocuencia de la palabra, por vez primera desde el descubrimiento, y la palabra trae a la luz un nuevo mundo.

Concebida en el dolor y alimentada en soledad, al comienzo ella solo encuentra eco en los corazones de una minoría heroica, pero pronto el sentimiento de la dignidad humana a salvaguardar y el del principio nacional a constituir a través de la república penetran profundamente en los rangos generosos de esta minoría y el milagro de la independencia se consuma.

Esta gloriosa transfiguración no estuvo exenta, sin embargo, de luchas obcecadas y combates encarnizados. Las planicies, llanos y pampas, las cordilleras gigantescas y los profundos valles resonaron bajo los pasos de los heréticos caballeros. El caballo del independiente se abreva en todas las vertientes y resopla sobre los volcanes; pero el soplo de la libertad llega finalmente a regenerar la más vasta, la más bella y la más nueva de las creaciones terrestres. Ahogada en Europa por el advenimiento del Imperio y sepultada bajo la resurrección de otra edad media, la Revolución estallaba en América como la explosión de una fuerza indomable. La humanidad sometida reivindicaba sus derechos al otro lado del océano, y todos los recuerdos puros, la idea brillante, el dulce porvenir, abría un camino victorioso a través de los espectáculos más espléndidos y más grandiosos de la naturaleza.

América fue entonces la verdadera tierra de la independencia; los restos de la teocracia y de la monarquía jalonaban nuestros valles ensangrentados; la puerta de la nueva vida giraba sobre sus goznes y se entreabría ante las nuevas generaciones; era el paraíso terrestre descubierto y conquistado en medio de los relámpagos de la libertad triunfante.

Doce años de combate se sucedieron. La independencia, victoriosa en el norte con Bolívar y en el sur con San Martín, se encontraba aún amenazada por la concentración de las fuerzas de España en el virreinato del Perú, centro de su poder. Ese rico y vasto país, capital de la conquista y

centro de su dominio, especie de fortaleza que recibía de España sus refuerzos a través del océano, cortaba en dos, por decirlo así, al ejército del continente liberado, y se convertía en peligro permanente para la Revolución. Pero tal era la unidad de los designios y los sentimientos que inspiraban a los libertadores, que los hombres del norte y los del sur, separados por mil leguas, coincidieron, espontáneamente, en el mismo propósito: la liberación del Perú. Los argentinos lo habían ya intentado, invadiendo Bolivia, pero habían fracasado. Unidos a los chilenos, a los que acababan de acompañar en su independencia, organizaron el plan de una nueva expedición.

Se trataba de crear una marina, de expulsar del Pacífico las escuadras de España, de impedir a esa potencia toda comunicación con el Perú, y transportar ejércitos por mar a setecientas leguas de Chile. El país se abocó al cumplimiento de esta tarea heroica. Siendo pobre, arruinado por doce años de guerra, crea una escuadra. Las naves españolas fueron capturadas, el océano reflejó la gloria de la bandera americana, y el ejército de la independencia abordó el Perú. La costa fue liberada, Lima quemó la inquisición, y el virreinato tuvo que refugiarse en las sierras.

Fue entonces que llega la hora y comienza el rol de Colombia. Bolívar desciende desde las mesetas del Chimborazo y emprende la persecución de los españoles. Vencedor en Junín, deja la tarea de terminar la campaña al general Sucre. Los españoles contaban con más fuerzas que nunca. El virrey se encontraba rodeado por poblaciones fanáticas y sacrificadas; sus ejércitos eran dirigidos por los más hábiles jefes de la península; maniobraba en su tierra, y se presentía que la batalla por emprender debía ser la última, aquella que decidiría para siempre la libertad o la sumisión de un mundo. El choque de los combates, las montañas por franquear, los torrentes que atravesar, nada detiene el terrible avance de los dos ejércitos, debilitados, pero no desanimados; éstas se encontraron, el 2 diciembre de 1823, en las llanuras de Ayacucho.

El general Sucre reunía bajo sus órdenes a siete mil colombianos y peruanos, restos de la guerra que habían cruzado Perú y Colombia.

El virrey contaba con trece mil soldados y una artillería de la que carecían absolutamente sus adversarios. Descendía de las alturas hacia la planicie para precipitarse sobre los independentistas cuando el general Sucre, aprovechando el momento supremo que decide la suerte de los grandes conflictos, lo carga impetuosamente, haciéndolo retroceder sobre sí mismo, antes que pudiera desarrollar sus fuerzas. El virrey, prisionero con sus generales, y casi todo lo que quedaba

de su ejército, se convirtió en el vivo trofeo de la victoria. El océano estaba liberado, la tierra estaba liberada, y desde el Cabo de Hornos hasta las montañas Rocosas, se escuchaba el mismo grito: “¡Independencia!”. La conquista fue expulsada de ese suelo. Siete repúblicas surgieron. Cualquier tentativa de una nueva conquista se hacía ahora imposible: se hubiese estrellado contra un continente erizado de hierro y palpitante de entusiasmo.²

Fue la época más bella en la historia del nuevo mundo. Una lengua, la lengua española; una idea, la independencia; una patria, América; una política, la confederación de repúblicas nacientes, tales fueron las fecundas y gloriosas ventajas que obtuvo de la lucha generosa y perseverante que había emprendido por la causa de la libertad.

II

Una vez que la exaltación se enfría, la unidad de acción, cimentada por la guerra, se rompe, desde que el pensamiento se repliega sobre sí mismo para considerar el porvenir.

Es en ese momento que las ideas de la Revolución y el germen tradicional entran en lucha. La razón liberada traía como consecuencia lógica la soberanía del pueblo, cuya manifestación política es la república. La libertad en el pensamiento sucedía al sometimiento católico a lo extranjero; la libertad en el gobierno a la conquista. Era [hacer] tabla rasa del pasado. Pero el eterno enemigo de la humanidad penetró a través de la astucia en el campo de la Revolución: los mismos liberadores, fenómeno demasiado frecuente en la historia, se asombraron de su obra ante las perspectivas desconocidas del porvenir, y sintieron miedo de su liberación, como si la salud pudiese ser una anomalía de la naturaleza: incluso las almas más valerosas conservan demasiado tiempo el estigma de su servidumbre pretérita.

El catolicismo, protegido por la ignorancia de las masas, introducía en la constitución de los nuevos estados, el privilegio de su religión oficial.

El partido liberal desarrollaba las instituciones de la prensa, del jurado, de las asambleas, de la guardia nacional; demandaba la reducción del ejército y de los impuestos, la restricción del poder del clero y la educación gratuita.

² *Historia del general Salaverry*, por Manuel Bilbao. [Lima, Imprenta del Correo, 1853.]

El partido católico, maniobrando en sentido inverso, fortificaba, por su parte, el poder ejecutivo, atraía al ejército, perseguía a la prensa y concentraba las fuerzas nacionales, elecciones, ingresos, municipalidades, en una organización constitucional y unitaria de la dictadura.

Tales son los dos principios y los dos partidos que se han repartido la América meridional.

A pesar de las diferencias entre los países, de raza, de instituciones, de progreso y de reacciones, es una verdadera dualidad que simplifica admirablemente la tarea del historiador; existen, sin duda, partidos intermediarios y de transición, pero la lógica de las cosas ha sido tan fuerte que hasta ahora los hombres y las ideas han concluido siempre, ya sea en el catolicismo, ya sea en la libertad. En toda América, la reforma ha sido maldecida por el catolicismo; dondequiera que sea, la dictadura militar, aristocrática o plebeya, ha favorecido el desarrollo de la Iglesia, y en todas partes la Iglesia ha absuelto al despotismo, en el que ella ha reconocido una emanación de su esencia, y hecho causa común con el silencio, el terror, las exacciones, los golpes de Estado, y el envilecimiento de la razón. Solo falta en América, para que la prueba de la opresión religiosa sea completa, más que la amarga mistificación del neo-catolicismo con máscara democrática.

La impaciencia del partido católico, su orgullo y sobre todo el carácter ciego de su principio que constituye su fuerza, lo revelan siempre; es así como se lo ve, unido a la dictadura, oponerse, en pleno siglo XIX, a admitir las verdades más vulgares, a la libertad de cultos, de asociación, de la prensa, a la abolición de las iglesias nacionales, a la introducción de los extranjeros en una mínima escala, a la disminución de los impuestos que se exigen a los pobres para los gastos de culto y mantenimiento de los sacerdotes.

Apoyada en la ignorancia de la mayoría y la timidez de los liberales, la Iglesia se ha mostrado en América tal como era en Europa en los tiempos en que detentaba el poder, es decir, sembrando el odio, las delaciones y la calumnia, armándose alternativamente contra sus enemigos de la espada o la excomunión; utilizando, en una palabra, todos los medios apropiados para asegurar la conservación de su influencia y sus ingresos a través de prebendas.

Los excesos y la gravedad de los abusos engendrados por el catolicismo han abierto así los ojos de los liberales de todas las regiones de América, que comienzan a comprender que el debilitamiento de la libertad es la consecuencia fatal de la alianza del régimen constitucional con la Iglesia.

En Europa, la Reforma ha ayudado mucho a la emancipación; en América, ese movimiento reformador, esa palanca de la libertad de pensar, que tiene al pasado como punto de apoyo, no ha actuado nunca.

¡Cuán grande es la fuerza de la verdad! Sin representantes conocidos, sin clases, sin partidos interesados en su causa, junto a masas incultas, explotadas, dominadas por una educación servil, ha podido vivir, salir a la luz, combatir y arrancar triunfos a sus enemigos todopoderosos.

La independencia, encarnada en los campos en que vibraba la nueva vida, se identifica desde el inicio con el ejército. Este encierra su horizonte y concentra la expansión, y, no viendo más que la gloria conquistada, se cree ella misma su fin. Entonces, el egoísmo se despierta, el entusiasmo se enfría, los generales se convierten en una casta: desean gobernar. Al no encontrar delante de sí más que la vieja Iglesia, le demandan la consagración de su dictadura. La Iglesia los anticipa. El militarismo y el catolicismo se dan la mano y firman un contrato de solidaridad. Y a pesar de esta formidable alianza la libertad ha podido continuar su progresiva marcha. El soldado y el sacerdote conspiran para perpetuar su soberanía y abolir las instituciones libres; cuerpos privilegiados socavan el suelo de la Revolución para introducir en él el privilegio. La división del poder legislativo en dos cámaras, el derecho de veto, las leyes excepcionales, la jerarquía militar y clerical, en una palabra, las conocidas trabas de las libertades políticas e individuales, se convierten en la gran política del partido conservador en América.

Por su parte, la acción de la libertad permite descentralizar el poder, constituir comunas, restringir las trabas del poder ejecutivo, y plantear los principios de todos los derechos.

Ese es el trasfondo del drama que se desarrolla en América. En todas partes hay lucha, pero también en todas partes hay progreso. Nueva Granada marcha a la cabeza de ese gran movimiento; gracias a la acción de una juventud inteligente y generosa, la palabra y la idea han penetrado en las capas inferiores de la población, y han elevado las aspiraciones nacionales a la altura de la reforma.

La antigua constitución, fruto inmediato de la guerra, era, como en otras partes, dictatorial y teológica. En 1851, durante la época de renovación de la legislatura, el nuevo espíritu consumió la más bella de las revoluciones pacíficas, y, haciéndose dueño del poder, dotó al país con la constitución más avanzada del mundo.

III

Sin ser la expresión del ideal, considerada desde el punto de vista social más elevado, la constitución de la Nueva Granada ha consagrado todas las grandes conquistas del espíritu moderno. Recordemos los principios que proclama: la separación entre el Estado y la Iglesia, la proscripción del jesuitismo, la abolición de todos los fueros, la organización de la guardia nacional, la confederación de provincias, el reconocimiento del derecho de las poblaciones para nombrar directamente a los magistrados, la abolición del pasaporte, la disminución de las contribuciones indirectas, la educación arrancada a la Iglesia, el jurado en la justicia, el juez nombrado por el pueblo. Ciertamente, nunca una mayoría libre proclamó en América una constitución más bella.

Todos estos principios habían sido agitados por el país, y el general Obando, que debía luego aplastarla, se había declarado su campeón.

Este general había estado mezclado a los acontecimientos desde los primeros tiempos de la guerra civil. Perseguido por los conservadores, se había refugiado en Chile. Aparentaba, en esa época, rigurosas convicciones democráticas, y fue ampliamente acogido por el partido liberal. Era un hombre de fisonomía bella y expresiva, y un lenguaje lleno de ardor. Después de algunos años de permanencia en Chile, pudo volver a su país, donde se sumergió en las variantes extremas de la democracia. Se hizo amigo del general López, el Presidente, y, asociándose al movimiento general del país, se entrega por entero a las reformas. Desde entonces, atrae a la opinión y, en 1851, la mayoría del país lo proclama Presidente, con el convencimiento de que sería el primer representante de la nueva constitución.

Este hombre, que había envejecido durante las persecuciones y sobre el cual había planeado siempre una misteriosa acusación, purificado de algún modo por el brillo de su republicanismo, se convirtió en el primer magistrado de la República, y su advenimiento fue saludado como el de la democracia. Fue él quien tuvo la gloria de firmar la nueva constitución. Veamos los términos solemnes en que se expresa a propósito de este gran acto: “Bendigo al Todopoderoso –declara– por haber borrado de mi frente el estigma de oprobio con el que llegué al gobierno de la República. Mi predecesor pudo convertirse en un tirano constitucional, pero no lo ha querido. ¡Yo, como ciudadano y como magistrado, he trabajado en la reforma liberal de la constitución de 1843, porque

la historia y mi propia experiencia me han enseñado que los Marco Aurelio y los Antoninos son accidentes raros y felices!”

Una vez en el cargo, todo cambió.

Obando emprende una guerra solapada contra la representación nacional; se opone a que los gobernadores de provincia sean electos por el pueblo; halaga al partido católico atacando la libertad de cultos; siembra el descontento en el ejército empujándolo contra las nuevas instituciones que amenazan su existencia; se sirve de la prensa del gobierno para desacreditar la reforma y busca desacreditar a los representantes del pueblo.

Existía, por entonces, un club llamado democrático, calificación muy codiciada por todos aquellos que quieren encadenar la libertad y empujarla al suicidio a través de la aplicación del sufragio universal en asuntos que no son para nada de su competencia. Fue con ese club y con ese nombre que el general Obando desencadena las tormentas precursoras de la dictadura. Las pasiones dominaban: los hombres que habían sido desacreditados, como todos aquellos que veían desvanecerse su antigua influencia o peligrar sus antiguos privilegios, se reunían, se agrupaban y concentraban sus fuerzas, y, bajo el patrocinio de la autoridad popular y constitucional del jefe de Estado se convierten en una amenaza permanente para las instituciones.

Obando deseaba ante todo volver impopular la representación, hacer un vacío en torno a ésta, aplastar las magistraturas populares y hacerlas desaparecer bajo la apariencia de la voluntad nacional. Necesitaba un conflicto para asegurar el éxito de esta combinación; los pretextos no faltan nunca.

Los obreros de la capital pidieron un aumento de los derechos sobre ciertos objetos de importación. El club se reunió; los demagogos, fieles al espíritu de su rol, se desencadenan contra la representación nacional; las pasiones se exaltan, los conductores se muestran, y se pide marchar contra la cámara para imponerle un voto conforme a la voluntad de la multitud; pero los representantes, prevenidos y protegidos por una juventud heroica, se mantienen firmes, y el motín dictatorial es vencido por la actitud inquebrantable de la asamblea.

El general Obando protegía secretamente esta tentativa de insurrección que, según pensaba, debería desembarazarlo de la legislatura o proporcionarle la ocasión de intervenir como salvador de una representación destituida y envilecida desde el momento en que cedió a la intimidación. Abortada esta tentativa, una segunda tentativa se vería estallar el mes siguiente.

Los representantes piden armas; no se las conceden. El club democrático, con la fuerza de la alta protección que se ha ganado, los humilla; la violencia vocífera en la calle y se impone en la capital; el puñal se levanta contra los mandatarios del pueblo, y el jefe de Estado permanece impasible. A pesar de la ausencia de toda seguridad, en medio de esta tempestad el Congreso termina sus trabajos y procede a la clausura legal de su sesión de 1854.

El Presidente, después de haber firmado la constitución, se esfuerza por entorpecer su puesta en práctica. Está solo delante del país; llegaba el momento de gobernar, y es ese el momento en que conspira. Se rodea de los enemigos declarados de la reforma; organiza y arma hordas supuestamente democráticas. La prensa del gobierno trata de reconstituir y de reavivar las diferencias de matiz que se habían fundido en la nueva constitución. Se organiza un sistema de corrupción y de intrigas apuntando a hacer caer los magistrados liberales en las provincias, y, cuando el ejército de funcionarios y adictos asalariados está completo, llegan las elecciones de las legislativas; no obstante, a pesar del andamiaje de trampas ocultas y de emboscadas, la vitalidad de la nueva ley se manifiesta con toda su potencia: amenazas, traiciones, hostilidad de funcionarios, conspiración del jefe de Estado, alianza del cura y el soldado, todo fracasa ante la soberanía del país, y una mayoría liberal ocupa nuevamente la asamblea. Dicho resultado asesta un golpe mortal a las intrigas y a las esperanzas del Presidente. Viendo que el Congreso le era hostil, todos sus esfuerzos apuntan al golpe de Estado.

Se convirtió, ahora, en el hombre de los clubes, y se estableció un gobierno secreto a un lado del gobierno público. Envía bandas de bandoleros a las montañas, concentra las fuerzas armadas en la capital y entrega la dirección al general Melo, un hombre de deplorables antecedentes. Alimenta el odio del ejército hacia los ciudadanos, y empuja su falta de pudor hasta invocar los abusos y las violencias cometidos bajo su influjo para ensuciar las elecciones. Tristes presagios hacían temer las elecciones del próximo Congreso. Pero el Congreso, viendo llegar la tormenta, levanta la prohibición de introducir armas y reconoce el derecho de los ciudadanos a conservarlas; fiel al principio que lo ha conducido al poder, se apresura en realizar las consecuencias fundamentales de la ley; ve el peligro, reconoce el enemigo alzado y confeso que lo provoca, y osa por fin pedir la supresión del ejército permanente, ese flagelo de la América. Todos los privilegios, todas las clases, civiles, políticas y religiosas habían desaparecido; solo quedaba el ejército. Éste siente el peligro

que lo amenaza; se aglutina en torno al Presidente y se incorpora al club demagógico. Un sordo ruido sucede entonces a las marchas ruidosas; la violencia disimula, y cada uno espera en el silencio de la perplejidad el monstruoso desencadenamiento de la alianza de la demagogia, del ejército y de la autoridad presidencial. La hora de la crisis va a sonar, la conspiración tensa el aire, todas las miradas convergen en la situación. El gobierno de Bogotá y los representantes saben lo que ocurre. Interpelan al Presidente, que responde que “inada hay que temer, el ejército está preparado para asegurar el mantenimiento del orden, él es el elegido, el guardián de la ley!...”

Todo estaba listo, el plan preparado con anterioridad, las pasiones conducidas al paroxismo; la catástrofe era inminente.

El 17 de abril, al ruido del cañón, la insurrección demagógica y militar, bajo las órdenes del general Melo, jefe de la fuerza pública, invadía la ciudad y sitiaba el palacio al grito de ¡abajo la constitución! Y, fenómeno insólito para el maquiavelismo de los déspotas, el león desencadenado, en lugar de derrocar al Presidente, lo proclamó dictador, en medio de los aplausos de una multitud desenfrenada.

El general Obando aspira a conservar el rol de presidente legal; se hace recluir en su palacio, se constituye prisionero y rechaza la dictadura. Incluso más, se muestra indignado, y, si creemos lo que dice, es la primera víctima de la insurrección. Sin embargo, su inercia es completa; pareciera liberado de todo compromiso hacia el Estado, de toda obligación, de todo sacrificio, de toda iniciativa.

El vicepresidente le hace sentir enérgicamente la necesidad de mostrarse, de ejercer su autoridad, de servirse de su popularidad para disipar la insurrección. Tuvo suficiente tiempo para tomar medidas eficaces; la guardia permanece fiel, los ministros lo presionan; acuden de todas partes para ponerse a su lado, y él se resiste a actuar; quiere ganar tiempo. Frente a esta inmovilidad, el vicepresidente, los ministros, algunos generales, le piden una autorización, una firma; los rechaza. Rechaza todos los medios que le ofrecen; no hace nada, y no quiere que se haga nada. Su propósito es fortificar la insurrección y dejar que se consuma sin trabas. Que sucumba la ley, que las autoridades sean perseguidas; lo que necesita es el vacío, es aplastar todo obstáculo ante su ambición; es, antes que nada, una salida para la retirada y el derecho de remitir a otros la responsabilidad de los hechos consumados.

Ya no espera, no cree siquiera en la posibilidad de una resistencia enérgica del país. Lo había desarmado previamente, contra la voluntad de las cámaras.

La insurrección triunfa, le ofrecen nuevamente la dictadura y aún la rechaza. Expresa el deseo formal de conocer la opinión del alto clero sobre el nuevo orden de cosas. Hace avances, promesas sobre un arreglo retrógrado, en relación a los asuntos religiosos, para comprometer a la Iglesia en la Revolución. Ese solo hecho aclara por entero su conducta y traiciona su significación. Todos los otros funcionarios pueden huir, solo él no lo hace. Se mofa de las tentativas de resistencia que comienzan a manifestarse, y escribe a Melo, el jefe del movimiento, que no se debe permitir la reunión del Congreso, *incluso en los infiernos*.

Infiel a su mandato, traidor a la nación, que le había encargado aplicar la más libre de las constituciones que él mismo había firmado y aplaudido, Obando aparece en la historia como la personificación rediviva de esos siervos libertos del viejo mundo, que solo creían ser algo convirtiéndose ellos mismos en opresores.

Era presidente y eso ya no le bastaba. La dictadura ya no era posible, y la dictadura era su fin. Ese era el secreto de ese extraño golpe de Estado, esa increíble anomalía que soñaba conciliar la legalidad con la popularidad de una dictadura impuesta por la insurrección.

IV

¿Qué ocurre con el país? ¿Tolerará que se le imponga esta pérfida usurpación? ¿Se inclinará ante el crimen hábil y triunfante, ante la traición consagrada por el éxito? ¿Dónde van los magistrados, los funcionarios, los representantes? Donde el deber los llama, a todos los caminos del país, a las ciudades, a los campos, haciendo escuchar a la población el llamado a armarse, haciendo resonar los ecos del grito de la única guerra santa: "¡La patria está en peligro!". Y, atenta a su voz, la patria entera se levanta, el gobierno se instala, la patria se arma para la reivindicación del derecho y la ley.

La libertad hace causa común con la legalidad, la nación se identifica con su constitución, la justicia se encarna en el pueblo. ¡La guardia nacional aplastará al ejército!

Todos los recursos, soldados, dinero, armas, estaban en las manos del dictador. El país estaba pobre y desarmado. La capital, Bogotá, formaba el centro desde donde la compresión armada podía irradiar hacia todos los lugares para aplastar las resistencias. La insurrección poseía aún la ventaja estratégica, y guardaba así todas las posibilidades de victoria.

Y aquí hay que hacer notar hasta qué punto el espíritu público había crecido en Nueva Granada.

El Congreso se reunió en la ciudad de Ubaque. Decreta una acusación contra el Presidente. El vicepresidente Obaldía es designado a la cabeza del gobierno, y el general Herrera nombrado jefe militar; al mismo tiempo, todos los partidos se unen, sus jefes los encabezan, se olvidan las antiguas diferencias para hacer un llamado unánime al país; se compran armas, y el campo se abre. Los generales Herrera y Mosquera dirigen las fuerzas del norte, el general López, que acababa de dejar la presidencia, corazón heroico, como Washington, toma sus armas de soldado y levanta al sur.

Melo hace algunas salidas y logra algunos avances, dominando la vasta sabana de Bogotá; pero siente que la tierra quema bajo sus pies, y, después de cada salida, se le ve volver precipitadamente a la capital, como un pirata en su guarida.

Al cabo de siete meses empleados en armar y organizar la nueva milicia, a realizar grandes marchas para lograr concentrar sus elementos, el ejército de la ley, compuesto de diez mil hombres, sitia finalmente al dictador; el cuerpo de defensa de éste se componía igualmente de diez mil hombres, parapetados en las casas, en las calles, en las iglesias; pero, asediados por todas partes, no pudieron resistir el coraje y el impulso terrible de los republicanos.

Después de tres horas de sangriento combate, el dictador Obando capitula. Melo es hecho prisionero, el dictador es conducido a la prisión para ser juzgado, y la República, victoriosa, llega nuevamente a asentar su soberanía sobre las ruinas de la dictadura.

V

Algún tiempo después, el culpable comparecía delante de los jueces y Florentino González, Procurador General de la República, concluía con estas palabras el acta de acusación contra el

dictador: “En nombre de la justicia, como satisfacción a la nación indignamente traicionada, como expiación de la sangre de tan gran número de víctimas inmoladas por el crimen del 17 de abril, como reparación de la moral ofendida, de la libertad infringida y de todos los derechos del pueblo pisoteados por los rebeldes y por el hombre que, el primero, debía dar el ejemplo de la obediencia, pido se condene al acusado al máximo de la pena que la ley aplica a los traidores y a los rebeldes, con todas las consecuencias que eso comporta.”

La constitución había abolido la pena de muerte en materia política. La Suprema Corte de Justicia de la República, después de haber escuchado la defensa de Obando, lo declara traidor a la nación, y lo condena a doce años de expulsión, a la pérdida de sus derechos, a cubrir los gastos del proceso, y al pago de una indemnización por las consecuencias materiales de su crimen.

La noticia provocó en todas partes el estallido de transportes de alegría en medio de la nación victoriosa, que acababa de borrar de su frente los últimos estigmas de la conquista. Hoy en día la paz, la paz de la justicia y la libertad, arroja sobre ella los tesoros del bienestar moral y de la prosperidad material. Las leyes han recuperado su imperio, la constitución es una verdad.

El vicepresidente, señor Obaldía, ha transmitido el poder, cumplido su período, al señor Mallarino, el nuevo Presidente; los generales victoriosos, así como los soldados, han vuelto a sus hogares. Los liberales y los conservadores se acercan y se unen; los matices extremos de los partidos se borran a la luz de la libertad y la democracia. Todo es remitido a las elecciones; ya no hay choques, no hay luchas; es la opinión pública la que gobierna, y gracias al espíritu que la anima, la Nueva Granada merece hoy servir como ejemplo para todas nuestras repúblicas americanas.³